

á él las dos instrucciones separadas á que el artículo se refería.

Habia entre tanto ocurrido en las córtes un incidente desagradable, cuya raíz y origen venia de atrás. Hemos indicado ya mas de una vez que la imprenta habia comenzado muy pronto á desbordarse, abusando de la libertad que repentinamente se le habia concedido; y si abusaban los escritores favorables á las reformas, excedíanse aun mas los enemigos de ellas y los defensores del antiguo régimen y de las mas desacreditadas y odiosas instituciones, valiéndose de la misma arma que la reforma habia puesto en sus manos. Hacíanse los partidos una guerra terrible, en escritos, muchos de ellos destemplados, algunos injuriosos y groseros. Entre los periódicos, defendían unos las doctrinas liberales, como el *Semanario patriótico*, *El Conciso*, *El Tribuno*, *El Redactor de Cádiz* y otros varios. Sustentaban otros desafortadamente las ideas opuestas, como *El Diario mercantil*, *El Censor* y *El Procurador de la Nación y del Rey*. Publicábanse á veces escritos sueltos en que se atacaba la honra y aun la religiosidad de los diputados, y se calumniaba á las córtes mismas. De cuando en cuando aparecían folletos ú opúsculos como las *Cartas del Filósofo rancio*, cuyo autor hacia gala de atacar todo lo nuevo, ó que no fuera rancio, como expresaba su título. Pero á estas publicaciones se oponían otras que les servían como de antidoto, tales como *El tomista en las Córtes* y *La Inquisición sin máscara*.

Pero enardeció esta guerra la aparición de un folleto titulado: *El Diccionario manual*, en que bajo la apariencia de defender la religion y las añejas tradiciones, á su modo entendidas é interpretadas, desatábase de un modo violento contra las córtes y sus providencias. Dió esto ocasion á que esgrimiera su cáustica pluma el bibliotecario de las córtes don Bartolomé José Gallardo, y á que publicara, para satirizar y ridiculizar al autor del Diccionario manual, su célebre *Diccionario crítico burlesco*, en que léjos de limitarse á desenmascarar á su adversario en términos mesurados aunque festivos, incurrió en el extremo opuesto, tratando con indiscreta soltura y ligereza, puntos que se rozaban con asuntos religiosos. Sensación muy desagradable, y muy contraria sin duda á la que el autor se proponía, causó en Cádiz la aparición del opúsculo. Censuráronlo los hombres de mas avanzadas ideas en política, sintiéronlo todas las personas sensatas, y asieron la ocasion los de opiniones opuestas para levantar el grito y comprender en sus anatemas á las córtes mismas, ó al menos á muchos diputados, prevariándose y explotando la circunstancia fatal de ser el autor el bibliotecario de la asamblea.

Tratóse en sesion secreta de este negocio (18 de abril): oyéronse acalorados discursos; pedíase por algunos castigo pronto y ejemplar, propúsose por otros se dijese á la Regencia que procediese á lo que prevenia el reglamento de la imprenta; y por último se acordó se manifestase á aquella «la amargura y sentimiento que habia producido á las córtes la publicacion del folleto, y que resultando debidamente comprobados los insultos que pudiera sufrir la religion por este escrito, procediera con la brevedad correspondiente á reparar sus males con todo el rigor que las leyes prescribían, dando cuenta de todo á las córtes.» De esta impresion causada á los diputados mas constitucionales se aprovecharon los de contrarios principios para pedir medidas radicales de represión para la imprenta, y señaladamente para los escritos que directa ó indirectamente se refirieran á asuntos religiosos. Así fué que en la sesion de 22 de mayo se atrevió el inquisidor de Llerena don Francisco Riesco á pedir abiertamente el restablecimiento de la Inquisición, sobre lo cual habia una comision nombrada.

Fué la sesion del 22 de mayo una de las mas notables de aquellas córtes, y merece bien dar cuenta de ella. Desde luego se advirtió que los enemigos del sistema liberal se habian propuesto dar la batalla aquel dia y promover una sesion ruidosa, porque no solo el salon de sesiones, sino tambien las galerías se vieron concurridas de gente de cierto ropaje que acostumbraba poco á asistir. «Se observó, y lo vi yo tambien (dice un diputado eclesiástico de aquellas mismas córtes), que habia en las galerías un gran número de individuos del clero

secular y regular, de frailes solo se contaron 70; uno de ellos parecia llevar el tono: cuando el señor Gutierrez de la Huer-ta habló en defensa de la Inquisición, al paso que el público mostró incomodarse con murmullos, aquel religioso le palmoteó, y otros le siguieron. Observóse esto, y fueron en busca de él, y se escapó. Notóse gran calor en los ánimos de algunos asistentes: parecia preparado el concurso de tantos religiosos, cuando eran tan contados y raros los que asistian á las sesiones. Del convento de los Descalzos supe que la víspera fueron convocando á los religiosos para asistir, añadiendo que se trataba de la Inquisición, y que el padre Guardian contestó con enojo diciendo que por su dictámen debia quitarse: de esto último no respondo, porque no me lo contó quien se lo hubiese oido. De Capuchinos no asistió ninguno (1).»

Comenzó el debate por una mocion del señor Riesco para que se presentara y discutiera un dictámen de comision que habia sobre reponer en el ejercicio de sus funciones al Consejo de la Suprema Inquisición. El dictámen en efecto se habia presentado aquella misma mañana en la secretaria, y era favorable al restablecimiento del Santo Oficio. Mas no le habia suscrito el señor Muñoz Torrero, individuo de la comision, y pedia tiempo para extender su voto particular contrario al de aquella, el cual habia sido de mala manera y como á hurtadillas amañado. Reclamaban tambien otros diputados que se señalara dia para la discusion, pues siendo asunto tan grave necesitaba estudiarse con madurez. Pero insistían los inquisitoriales en que se discutiera en el acto, alegando que, como asunto de religion, era de toda urgencia y debia anteponerse á todos los demás. El vice-presidente, que no era de los de este partido, propuso tambien que se suspendiera la discusion de este asunto para dar lugar á que los diputados meditaran sobre negocio tan grave. Mas esta misma proposicion sirvió de motivo á los amigos de la Inquisición para ensalzar la conveniencia de su restablecimiento, haciendo elogios de aquel tribunal, con grande aplauso de las galerías, llenas de la gente que hemos dicho, propasándose á demostraciones impropias de su hábito, que enardecían los ánimos y obligaron muchas veces al presidente á llamar al orden.

Pero los desafectos á aquella institucion, sin dejar de contestar á los discursos de sus contrarios, viendo el obstinado empeño de estos, y lo preparados que iban para dar la batalla y ganarla por sorpresa, tentaron por su parte dos medios, el uno para probar ser cuestion ya resuelta, el otro para aplazarla. Alegó para lo primero don Juan Nicasio Gallego que en el decreto de creacion del Tribunal Supremo de Justicia se habia dicho: «Quedan suprimidos los tribunales conocidos con el nombre de Consejos;» y que en estos estaba comprendido el de la Inquisición. Y como esta doctrina se impugnase y negase, el mismo diputado apeló á otro recurso, que fué el segundo medio, á saber: que en el acuerdo de las córtes de 13 de diciembre último, al discutirse la segunda parte del proyecto de Constitucion, se habia dicho: «Que ninguna proposicion que tuviese relacion con los asuntos comprendidos en aquella ley fundamental fuese admitida á discusion, sin que examinada préviamente por la comision que habia formado el proyecto, se viese que no era de modo alguno contraria á ninguno de los artículos aprobados.» Y como muchos diputados creían que la existencia del tribunal de la Inquisición era incompatible con los artículos constitucionales, pedia que pasara el proyecto ó dictámen al examen de la comision de Constitucion.

Al fin, despues de acalorados debates se procedió á votar la primera proposicion del vice-presidente, á saber, que se suspendiera por ahora la discusion de este asunto, y quedó aprobada. Púsose despues á votacion si pasaria el dictámen á la comision de constitucion conforme al acuerdo de la sesion de 13 de diciembre, y tambien se resolvió afirmativamente por mayoría (2). De este modo quedaron frustrados en la célebre sesion de aquel dia los trabajos y esfuerzos de los enemigos del sistema constitucional para reponer solemnemente al tri-

(1) Villanueva: Viaje á las córtes.

(2) Diario de las Sesiones de córtes, tomo XIII.—Sesion del 22 de mayo de 1812.

bunal del Santo Oficio en el ejercicio de sus antiguas funciones, hasta entonces mas suspendidas de hecho que expresamente abolidas por ninguna ley, y tomaron tiempo los adversarios de la institucion para preparar su abolicion legal, que, como veremos, no tardó en ser decretada.

## CAPITULO XX

Wellington.—Los Arapiles.—Los franceses en Madrid

(De junio á fin de diciembre.)

1812

Desobediencia de los generales franceses al rey José.—Justas quejas del mayor Jourdan sobre este punto.—Realizáronse sus temores.—Levanta Wellington sus reales de Fuentesguinaldo.—Toma de los fuertes de Salamanca.—Movimientos del ejército francés de Portugal: Marmont.—Célebre triunfo de los aliados en Arapiles.—Premio de las córtes á Wellington: el Toison de oro.—Retirada de los franceses.—Marmont herido.—Clausel general en jefe.—Va José con ejército de Madrid á Castilla.—Llega tarde.—Regresa por Segovia á Madrid.—Huye el ejército francés al Ebro.—José y los franceses evacúan la capital.—Entran en Madrid Wellington y los aliados.—Alegría y festejos en la poblacion.—Públicase la constitucion de la monarquía.—Toman los aliados el Retiro.—Bando del general Alava.—Penosa retirada de José á Valencia.—Rinde el Empeinado la guarnicion de Guadalajara.—Recogen los franceses las guarniciones de Castilla la Vieja.—Pierden la de Astorga.—Parte Wellington de Madrid á Burgos.—Cerca y combate el castillo.—Brillante defensa de los franceses.—Levanta Wellington el sitio con pérdida y se retira de Burgos.—Fatal ocasion en que lo hizo: cuando las córtes le acababan de nombrar Generalísimo de todos los ejércitos de España.—Resiéntese el general Ballesteros de este nombramiento.—Es separado del mando de Andalucía.—Repónese el ejército francés de Portugal y es reforzado.—Vuelve sobre Burgos.—Perseguir á Wellington y á los aliados.—Evoluciones de unos y otros en Castilla la Vieja.—Retírase Wellington á Salamanca.—Destruccion de puentes.—Siguela el francés.—Retrocede el general británico á Portugal.—Pasa el 6.º ejército español á Galicia.—Distribucion del ejército francés y regreso de José á Madrid.—Va Wellington á Cádiz.—Obsequios que recibe.—Se presenta en las córtes.—Le dan asiento entre los diputados.—Su discurso.—Contestacion del presidente.—Pasa Wellington á Lisboa.

Indicamos al final del penúltimo capítulo el pensamiento de lord Wellington de lanzarse con el ejército aliado sobre Castilla la Vieja, aprovechando la circunstancia de ver á Napoleón enredado ya en la guerra con Rusia, y mermado de una parte de sus mejores tropas el ejército francés de España. Bien penetraron ó previeron el proyecto del general británico, así el duque de Ragusa (Marmont) que mandaba el ejército francés de Portugal, como el rey José y el mayor general Jourdan, y con tiempo procuraron prevenirse para el golpe que por Castilla veían amenazar. Mas para esto necesitaban de la cooperacion y auxilio de los ejércitos de Andalucía, de Extremadura, y aun del Norte, y pronto comenzó á experimentar el rey José en la conducta de sus generales cuán acostumbrados estaban á no obedecer sus órdenes, y cuán poco le servía el mando supremo de que últimamente le habia investido el emperador su hermano. El duque de Dalmacia singularmente, fuese resentimiento de no haber sido él nombrado mayor general, fuese hábito de mandar casi como soberano en Andalucía, es lo cierto que ó se negaba á toda combinacion que el rey le propusiera, ó le respondia proponiéndole otra contraria.

Así el mayor general Jourdan, escribiendo al ministro de la Guerra, se lamentaba diciendo: «El duque de Ragusa anuncia de una manera positiva que lord Wellington va á tomar la ofensiva sobre él; sin embargo el duque de Dalmacia, que en este caso debia enviar al conde de Erlon en socorro del ejército de Portugal, no ha hecho nada. El duque de la Albufera (Suchet), que debia dirigir una division sobre Madrid, se niega á ello; y el conde Caffarelli pretende que no puede enviar hoy socorro alguno sin exponer las provincias del Norte á un peligro inminente. Si pues Wellington marcha con todas sus fuerzas reunidas, el ejército de Portugal tendrá que combatir solo. Es posible que el enemigo sea batido; pero si sucediera lo contrario, podria haber resultados muy fatales, y todo por no haber sido ejecutadas las órdenes del rey. Si estas órdenes hubieran

sido cumplidas, el rey, reuniendo su guardia á las tropas del ejército del Mediodía y de Aragon, que se habian aproximado al Tajo, hubiera ido sobre el flanco del ejército inglés con un cuerpo de 20 ó 25,000 hombres, lo que ciertamente habria asegurado un éxito brillante...» «Estoy tan firmemente penetrado del peligro que corren los ejércitos, si quedan así aislados, sin punto de apoyo en el centro, que he creído deber hacer presente á V. E. mi opinion. Podrá no ser fundada, pero al menos mi conducta es dictada por el celo del servicio de S. M. I. y por la gloria de sus armas.»

Realizáronse los temores del rey José y cumpliéronse las previsiones de su mayor general. El 13 de junio (1812) levantó Wellington sus reales de Fuentesguinaldo, y con el ejército aliado dividido en tres columnas, agregados á él don Carlos de España y don Julian Sanchez, púsose á corta distancia de Salamanca, que evacuó Marmont, tomando la vuelta de Toro, dejando solo 800 hombres en tres conventos que habia fortificado, y que servian para vigilar el paso del Tormes y su puente. Una division inglesa pasó el rio por un vado (17 de junio), y entró en la ciudad de Salamanca, cuyos habitantes la recibieron con la alegría y la agasajaron con el gusto de quienes llevaban tres años de vivir bajo la opresion de los franceses. Dió lugar Marmont con su retirada á que los aliados hicieran venir de Almeida el tren de batir de que carecían, y cuando volvió á aparecer (20 de junio), ya aquellos habian comenzado á batir los fuertes, y no atreviéndose á atacar á los ingleses apoyados en la excelente posicion de San Cristóbal de la Cuesta, intentó atraerlos á otro campo de batalla maniobrando sobre el Tormes. Wellington se limitó á observar sus movimientos, y continuó el ataque de los fuertes; salió mal la tentativa de escalar el reducto de San Cayetano, pues perecieron en ella sobre 130 hombres, entre ellos el mayor general Howar (23 de junio). Hizo Marmont varias evoluciones, para ver de comunicarse con los sitiados y darles socorro; salíale siempre al encuentro Wellington hasta obligarle á volver á sus anteriores posiciones; entre tanto proseguian jugando las baterías inglesas: en la mañana del 28 abrieron brecha en el reducto de San Cayetano; incendióse sobre la bala roja el convento de San Vicente y preparábanse los aliados á asaltar los fuertes de San Cayetano y la Merced, cuando la guarnicion pidió capitular. Accedió á ello Wellington, y quedó toda prisionera de guerra. Gran júbilo produjo esto en Salamanca. Los fuertes fueron demolidos por inútiles.

El duque de Ragusa, que parecia no haber ido allí sino para presenciar la rendicion de los fuertes, retiróse otra vez la vía de Toro, talando y estragando campos y pueblos, y acosado de cerca por los ingleses, pasó, atravesando el Duero, á Tordesillas (2 de julio), donde se le reuniesen 10,000 hombres que el general Caffarelli se habia mostrado dispuesto á enviarle. Siguióle el ejército inglés, situándose en Rueda; y no creyendo prudente Wellington tentar el paso del Duero, dió orden á las guerrillas para que molestaran al enemigo por los flancos y espalda, y para que interceptasen los víveres que le llevaran los pueblos del contorno, ordenando al mismo tiempo al comandante general del ejército de Galicia que avanzara sobre el Esla. Por su parte Marmont, que lo que temia era la superioridad numérica de la caballería inglesa, aumentó en aquellos dias la suya en 1,000 caballos, ya comprando algunos, ya tomándolos á todos aquellos que por ordenanza no estaban facultados para tenerlos. Y con esto y con haberse incorporado la division Bonnet que venia de Asturias, antes de dar tiempo á que se juntase á los aliados el sexto ejército español de Galicia, repasó el Duero, resuelto á dar la batalla á los ingleses en la primera ocasion oportuna, procurando atraer á Wellington donde pudiera convenirle.

Durante una semana (del 13 al 20 de julio) no hicieron los dos ejércitos enemigos sino marchar y contramarchar de uno y otro lado del Duero, ya en direccion de Toro, ya volviendo sobre Tordesillas, observándose mutuamente, y viendo cada cual si cogia á su adversario en un descuido de que pudiera aprovecharse, ó podia ganar una posicion ventajosa en que batirle. Colocado el francés el 20 á la derecha del Guareña, á la izquierda el inglés, vióse el singular espectáculo de dos fuertes ejércitos marchando paralelamente por las dos